

El regreso de Sánchez Ferlosio

Desde 1956 no había publicado Sánchez Ferlosio ningún nuevo texto narrativo de cierto aliento y sólo había dado a conocer algún relato breve. Refugiado en trabajos de investigación lingüística y en otras especulaciones teóricas —de las que ofreció una muestra en *Las semanas del jardín* (1974)—, parecía haber desertado para siempre de la creación. Se tenían noticias, sin embargo, de un proyecto novelesco muy extenso que llegó a formar parte de la pequeña mitología del mundillo cultural. Por el renombre alcanzado con su breve pero significativa obra anterior, un nuevo texto narrativo suyo es todo un acontecimiento. Más porque en el entretanto Sánchez Ferlosio se ha forjado una imagen pública muy especial: solitario, enemigo de oropeles, con un cierto aire menesteroso (ahí están esas fotografías caseras, en domésticas pantuflas, con aspecto humilde y un algo desaliñado). Ese recato le ha extendido un vale de credibilidad como persona que, pudiendo utilizar el prestigio de *El Jarama*, vivía bastante al margen de los afanes e intrigas de la sociedad literaria. Pero, a fines de 1986, su reaparición ha tenido todos los aires de la espectacularidad. Simultáneamente se han editado cuatro libros suyos¹: dos ensayos (*Mientras los dioses no cambien, nada ha cambiado*, *Campo de Marte 1*), un conjunto de artículos periodísticos (*La homilía del ratón*) y su esperada nueva novela (*El testimonio de Yarfoz*).

Ese regreso no ha sido llamativo sólo por lo insólito de la coincidencia de tantos nuevos títulos en autor tan remiso a la publicación en libros sino porque han venido acompañados por un cambio de actitud —promovido por confesadas conveniencias de tipo editorial— que le ha sacado de su hogareño retraimiento y le ha hecho comparecer en público en numerosas ocasiones, en las que se ha parapetado en un tono distanciado pero en las que ha dicho bastantes cosas y no poco sorprendentes. No es cuestión de repasar aquí esas afirmaciones, aunque sí merece la pena subrayar algunas que ha repetido con monotonía: ni la literatura ni la novela, ha asegurado, le interesan nada; su obra anterior no merece la pena (sus novelas están mal escritas y sólo tiene un poco mejor concepto del *Alfanhuí*). En esas declaraciones, más que provocación parece haber como desgana y alejamiento, resultado de mantener una actitud displicente mientras se prestaba al juego publicitario de tantas entrevistas. Esa contradicción de no aceptar las convenciones sociales a la vez que participaba a regañadientes en ellas ha deteriorado esa laboriosa imagen suya, pero su regreso después de un cuarto de siglo de llamativo silencio se ha convertido en un acontecimiento.

Recordar este conjunto de anécdotas tiene su importancia porque es obvio que el

¹ *Mientras los dioses no cambien, nada ha cambiado*, Madrid, Alianza Editorial, 1986; *Campo de Marte I. El ejército nacional*, Madrid, Alianza Editorial, 1986; *La homilía del ratón*, Madrid, Ed. El País, 1986; *El testimonio de Yarfoz*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

enjuiciamiento de un escritor está condicionado por circunstancias externas. Por ello he retrasado este comentario lo suficiente para que ese impacto inmediato cuento lo menos posible en la valoración. Además, el recordatorio de esos otros títulos no novelescos no es ocasional porque, como ahora diré, ficción y ensayo comparten bastantes preocupaciones y una y otros se explican mutuamente. Pero vayamos ya a su novela, *El testimonio de Yarfoz*. Un primer dato conviene no olvidar: su inicial redacción data de 1969, una parte estaba ya preparada, y otros capítulos se han añadido ahora mismo con vistas a su publicación.

El testimonio de Yarfoz es sólo un apéndice de una obra mayor, (*La*) *Historia de las guerras barciales*, un ciclo que gira en torno al devenir de una imaginaria civilización asentada a lo largo de un río llamado Barcial. La entera noticia de unos antiguos y legendarios pueblos se recogerá en una «magna obra historiográfica» (p. 11), atribuida a un tal Ogai el Viejo y en la que se incorpora como apéndice el relato escrito por Yarfoz, un «oscuro hidráulico» (p. 11) que quiere dar fe de lo sucedido al príncipe Nébride, a quien sirvió y acompañó. Sánchez Ferlosio es, mediante recurso bien antiguo, el «editor» de tal obra. Se trata, pues, de un relato ficticio de corte histórico, situado en una remota antigüedad que ni podemos ni hace falta datar con precisión. Aquello porque carecemos de datos exactos para saber cuándo o dónde tuvo lugar el asentamiento de esos pueblos. Esto porque de lo que habla Sánchez Ferlosio no es de un entonces remoto sino de un ahora bastante transparente. El narrador, Yarfoz, cuenta con un preciso propósito las peripecias de Nébride: aunque en su momento le corresponda a éste ocupar el trono de su pueblo, los Grágidos, se avergüenza de la tropelía cometida por su padre y su tío —príncipes reinantes que han dado alevosa muerte al señor de los Atánidas, un pueblo vecino con quien mantenían una larga relación de paz y de amistad— y abandona su tierra para emprender un purificador e irreversible exilio; visita otros pueblos de la cuenca del Barcial, en uno de los cuales se establecerá definitivamente; un hijo suyo, Sorfos, a espaldas del padre, recuperará más tarde el trono. Esta es una apretada síntesis argumental en la cual se insertan numerosos materiales que son, de hecho, la esencia novelesca.

El relato se nos presenta como un «testimonio», pieza fidedigna, según se nos aclara para restituir la veracidad de unos hechos. De esta manera, dicha novela histórica, no es simple reconstrucción imaginativa de un pasado posible y probable sino que apunta a más elevados fines. Tanto que podríamos hablar de una «novela total», de una de esas fabulaciones en las que se pretende dar explicación del mundo en su globalidad, desde las relaciones sociales hasta el sentido último de la vida, pasando por la exposición de un buen número de motivos a los que haremos una rápida referencia. Llama la atención, en primer lugar, la recreación de una serie de valores morales, desperdigados a lo largo del libro. Escenas sueltas de las que se desprenden esos valores son, entre otras, aquella en que unos compañeros se ríen de un joven enamorado y le avergüenzan de su torpeza (p. 39 ss); o el episodio del encuentro de Nébride con el hijo del Atánida muerto por el padre y el tío de aquél (p. 97 ss); o la historia del preso que había defendido su dignidad personal frente al fisco (p. 186 ss). Otras más podríamos añadir, pero tómense esas como muestra de lo que queremos señalar: de todas ellas se deriva una especie de visión de una naturaleza humana ideal, en la que siempre pri-

ma un criterio ético y se impone lo razonable, lo digno. Los personajes exponen o encarnan problemas e inquietudes y, al final, vemos el triunfo de la verdad, de la bondad, de la argumentación razonable. Nébride reprende a los que se mofan del compañero y estos comprenden que su comportamiento ha estado mal; Nébride habla al Atánida y éste aprecia la calidad de su corazón, hasta el punto de establecerse unas relaciones casi idílicas entre ambos, a pesar de que uno sea hijo del que causó la muerte al padre del otro.

Quien, desde luego, ejemplifica a la perfección esa desiderata moral es el protagonista ya que, al fin y al cabo, su decisión de autoexilio está basada en una razón ética. Su determinación es como el mal menor o como la salida vergonzante ante el crimen de sus mayores y, aunque debiera padecer un castigo más duro, se conformará con este otro que se autoimpone ya que, dice, «¿Cuánto más no deberá desaparecer para siempre de la faz del mundo y de sus habitantes, ya que la vergüenza no quiso borrarle, con mano piadosa, las facciones del semblante?» (p. 85). Por eso la resolución de Nébride («él no quería ser localizado ni reconocido nunca más», p. 86) es súbita e irreversible: «Se volvió hacia mí y me dijo que sin descalzarse y sin vestirse, sin calzarse y sin desnudarse, sin sentarse siquiera, pasaría a los Atánidas aquella misma noche» (p. 86). Esta decisión plantea otro problema que es ilustrativo de esa rectitud de comportamiento del personaje. Este ha contraído graves obligaciones con los pobladores de las tierras que está desecando y a los que ha embarcado en fuertes inversiones. Su abandono les causará notables perjuicios y por ello les dirige este apocalíptico silogismo: «Pero estimado que no ha sido Nébride el que os ha desertado, sino su propia vida quien primero lo ha desertado a él» (p. 101). Así, Nébride, caballero cumplidor, quedará moralmente libre de esa otra obligación, puesto que no busca su bien personal sino que obedece a un mandato interior que le deparará muchas fatigas y que conseguirá, a lo sumo, «si no la felicidad, sí la melancólica conformidad en que vivió hasta el fin de sus días» (p. 166). En cualquier caso, estamos en una especie de imperio de la razón y del diálogo, de modo que cuando Nébride es acogido por los príncipes de otros pueblos pero su presencia puede causar trastornos en la comunidad, acepta con buena disposición y mejor talante una nueva migración.

Claro que la vida, la realidad, las relaciones sociales no son tan idílicas y el autor no lo desconoce por lo que también aparecen algunos motivos negativos. Así conocemos la tradicional hostilidad de los Atánidas contra los Grágidos (p. 91), basada en una irracional animosidad. Un joven, educado en la edad de la amistad, inquiere por qué debe reanudarse el antiguo contencioso y la respuesta que obtiene es ésta:

¿Que qué nos han hecho? —le replicó otro viejo general, que además era el padre del muchacho— ¿Que qué nos han hecho, pregunta un guerrero? ¡Ser nuestros enemigos! ¡Eso es lo que nos han hecho! ¡Ah, jóvenes generaciones de guerreros! ¡Cómo se ha enervado en vosotros la casta y aflojado el espíritu! (p. 93)

La sinrazón de la respuesta es el medio que emplea Sánchez Ferlosio para fustigar esa actitud y para reivindicar el imperio de la razón.

En ese mundo moral, el sentido de la vida ocupa un gran espacio, tanto a través de la peripecia de Nébride como por medio de observaciones de carácter general. Una cues-

ción que se repite es la de cómo se forja un destino. Nébride ejemplifica la dramática renuncia a él. Así se desprende de la conversación con uno de sus huéspedes:

[mi pregunta era] tan sólo un impulso apremiante por ver qué movimiento puede llevar a un hombre a replegar su vida negándole un designio; todas las vidas se mueven aproximadamente hacia un punto, mientras que la tuya parece dirigida o alejarse de cualquiera de ellos; te alejas de tu patria, pero no parece que lo hagas al encuentro o la busca de otra patria nueva; tu camino tan sólo se define por lo que un día dejó detrás de sí [...] (p. 117).

A esta observación sobre el «designio» humano sigue poco más adelante una larga exposición que la refuerza; el destino de las personas necesita «*un mundo, una continuidad de tiempo*», y la vida no puede desarrollarse en un «mundo rajado» (p. 119). El sentido de la vida se complementa con alguna observación sobre la incapacidad del hombre para elegir («las vidas cuajan y se hacen y aun ni el hombre puede asegurar que elige», p. 157), con largas reflexiones sobre las posibilidades de elección de las personas (pp. 158-159) y con alguna anotación de carácter fatalista acerca de los destinos humanos («¿De dónde viene y nos arrebatata, a pesar nuestro, esa fuerza capaz de separarnos irremediabilmente de lo que más amamos en toda la superficie de la tierra?», pp. 171-2).

Otro asunto muy reiterado combina aspectos distintos de una sola cuestión: el mundo actual, su futuro y el sentido del progreso. Como libro parabólico, muchas de sus peripecias tienen una relación directa con situaciones de nuestro tiempo. Esta —y aquella— es una época de transición, en la que se van perdiendo viejas virtudes. A ello alude una observación de pasada sobre el fin de los hidráulicos (p. 22), que ¿acaso no equivale a algo así como a la inquietud casera por la desaparición de aquellos eficientes fontaneros que tan difíciles van siendo de encontrar en estos días? El progreso es otro de los cuidados últimos de Sánchez Ferlosio, a él ha dedicado todo el ensayo *Mientras no cambien los dioses...* y encontramos en *Yarfoz* como una nota desprendida de esa obsesión: en términos elogiosos se afirman las prevenciones de uno de los grandes constructores de obras públicas de libro, de quien se estima no sólo su arte sino «su afirmación de que la obra más grande de este mundo no valía una sola vida humana» (p. 146). Así, la vieja y enconada cuestión del precio del progreso obtiene por parte de Sánchez Ferlosio una rotunda respuesta de tipo humanitario, acaso bastante simplista. Una vertiente de esa cuestión ocupa también mucho espacio y se refiere a ella en reiteradas ocasiones. El ser humano es productivo y capaz de empeñar grandes dosis de entusiasmo, ingenio y esfuerzo en sus obras, pero detrás de éstas se esconde una doble faz: por un lado, su vertiente utilitaria de servicio a la sociedad; por otro, una recompensa personal, un autosatisfacción de quien las realiza. La postura del autor es bien clara: no puede negarse el placer, el íntimo contento y hasta la vanidad al individuo emprendedor, pero cualquier empresa debe estar guiada por un criterio de provecho, de manera que toda desmesura y ostentación es condenable (véanse, por ejemplo, las páginas 31, 55, 56, 149, 161).

Otras varias cuestiones aparecen en esta larga parábola de nuestro mundo. Sin orden de preferencia, podemos enumerar algunas: el sentido de la unidad nacional (p. 180), los sistemas impositivos (p. 85), la idiosincrasia de los pueblos (p. 195), la justicia (en numerosas ocasiones), la cultura oficial (pp. 162-3), el ejército y la guerra (pp. 91, 93,